

Et animam esurientem satiabit bonis. Psalm. CVI, v. 9. Al ánima hambrienta harta Dios de bienes. Y lo mismo dijo la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico: *Esurientes implevit bonis.* Luc. I, v. 53. Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas nos ayudará considerar por una parte nuestra grande necesidad, y por otra los efectos admirables que obra este santísimo Sacramento. Así como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el mundo, á todos los que llegaban á él los sanaba de todas sus enfermedades, y no se lee que alguno le pidiese salud y se la negase: llegó á él aquella mujer que padecía flujo de sangre, y tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana; llegó á sus piés aquella pecadora del sagrado Evangelio, y quedó perdonada; llegaban á él los leprosos, y quedaban limpios; llegaban á él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos: *Quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes.* Luc. VI, v. 19. Porque salía de él virtud que los sanaba. Así hará tambien en este santísimo Sacramento si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces, y no ha mudado la condicion.

CAPÍTULO VI.

En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada Comunión muy provechosas.

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la sagrada Comunión es muy propia la memoria de la pasión de Cristo, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz; porque una de las razones principales porque Cristo nuestro Redentor instituyó este divino Sacramento fue para que viviésemos siempre presente y viva en la memoria su pasión; y así nos mandó que cada vez que le celebrásemos, nos acordásemos de ella: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. XXII, v. 19. Y nos lo repite el glorioso apóstol san Pablo: *Quotiescumque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis.* I ad Cor. XI, v. 24 et 26. Y así san Buenaventura (1) aconseja mucho esta devoción, que cada vez que vamos á comulgar consideremos un paso de la pasión. Y él dice que usaba hacerlo así, y que con esto *liquefiebat anima ejus*, su ánima se derretía en amor de Dios. El bienaventurado san Crisóstomo dice, que el que se llega á comulgar ha de ha-

(1) D. Bonav. de præparatione ad Missam, c. 6; et in Fasciculario, c. 8, Cant. v.

cer cuenta que todas las veces que comulga pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo, y chupa su sangre, participando de todo lo que él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este soberano Sacramento es memoria de la pasión de Cristo, imaginan á Cristo crucificado, y hacen calvario de su corazón, y fijan allí la cruz del Señor; y abrazándose con ella recogen en sí las gotas de sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta que se hallan en aquella cena que cenó Cristo nuestro Redentor con sus discípulos la noche de su pasión, como si estuvieran allí sentados entre los Apóstoles, y que reciben de su mano su sagrado cuerpo y sangre. Y esta no es solamente consideración y representación de aquella cena, sino en realidad de verdad esta es aquella misma mesa, el mismo convite; y el mismo Señor que dió entonces su cuerpo y sangre á sus Apóstoles, él mismo nos le da ahora á nosotros, y con el mismo amor que entonces lo dió.

Tambien es muy buena preparación ejercitarse en la consideración de los puntos siguientes: Lo primero, quién es el Señor que viene, que es el Criador de todas las cosas, Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita majestad y perfección. Lo segundo, á quién viene, que es á mí que soy

polvo y ceniza, y que muchas veces le he ofendido. Lo tercero, á qué viene, que es á comunicarme el fruto de su pasión y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve á venir, que es, no su interés, porque es Señor de todas las cosas, y no tiene necesidad de nadie; sino puro amor y deseo de que mi ánima se salve, y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, se ha de ejercitar uno en los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor, si él no nos lo da, habemos de pedir que él disponga y atavie nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegrándole para ello aquella razón común: Señor, si un rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viuda pobre, no esperaría que ella le aderezase el palacio donde había de reposar, sino enviaria delante su recámara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís á hospedaros en ella: enviad, Señor, vuestra recámara delante, y vuestros Ángeles para que aderecen y adornen esta posada que tan sucia ha estado, y tan llena de telarañas de pecados, y la hagan digna morada vuestra. Y volviéndonos á la soberana Virgen y á los Santos nuestros devotos, pidámosles con humildad que nos alcancen el

cumplimiento de esta peticion.

Fuera de estas preparaciones añadiremos aquí una muy fácil y muy provechosa, y de mucho consuelo para todos. Cuando no llegáreis á tener aquel fervor y aquellos deseos encendidos que queríais, y era razon tener para recibir tan gran Señor, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de tener esos deseos, y con eso supliréis lo que os falta; porque Dios mira el corazon, y recibirá y aceptará lo que deseais tener, como si lo tuviéseis, conforme á aquello del Profeta, Psalm. x, v. 17: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus; preparationem cordis eorum audivit auris tua.* Esta devocion y preparacion, dice Blosio, c. 6 Mon. spiritual., que enseñó Dios á santa Matilde: Díjola una vez el Señor: Cuando has de recibir la sagrada Comunión, desea á gloria de mi nombre tener todo el deseo y amor con que ardió algun tiempo para conmigo el mas encendido corazon, y de esta manera te puedes llegar á mí; porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré conforme á como deseas tenerlo. Lo mismo se cuenta de santa Gertrudis. Estando esta Santa un dia para recibir el santísimo Sacramento, como recibiese mucha pena por no estar tan preparada, rogó á la gloriosa Virgen María y á todos los Santos que ofreciesen á Dios por ella toda la preparacion y merecimientos con que cada uno de ellos se habia preparado algun dia para

recibirle, por lo cual la dijo el Señor: *Jam vere omnibus cæli civibus appares in eo ornatu, quem tibi petisti:* Verdaderamente que delante de los cortesanos del cielo pareces con aquel aderezo que pediste. De manera que será muy buena disposicion y preparacion desear llegar á recibir este santísimo Sacramento con aquel fervor y amor con que los grandes Santos se llegaban á él, y desear y pedir al Señor que lo que á nosotros nos falta lo supla de los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus Santos. Y de esto mismo nos podemos ayudar para el hacimiento de gracias, como dirémos en el capítulo siguiente.

Con estas ú otras semejantes consideraciones habemos de despertar en nosotros la actual devocion con que los Santos dicen que nos habemos de llegar á la sagrada Comunión, unas veces con unas, y otras con otras, como cada uno mejor se hallare. Pero hase de advertir que para prepararnos de esta manera, y hacer en esta parte lo que debemos, es menester que tomemos algun tiempo para gastar en ello. Nuestro Padre san Francisco de Borja, en el tratado que hace de la preparacion para la sagrada Comunión, pone tres dias antes para prepararse, y tres dias despues para hacimiento de gracias, y da muchas consideraciones y ejercicios en que se ocupen estos dias; y seria ese un medio muy bueno para andar toda la semana

y toda la vida devotos y recogidos, parte con la esperanza de recibir tan gran Señor, parte con la memoria del beneficio recibido. Porque solo pensar mañana tengo de comulgar, ó acordarme que hoy ó ayer comulgúe, basta para traer recogido el corazon; pero si no fuere tanto como eso el tiempo que tomáremos para esta preparacion, á lo menos es razon que aquella mañana que uno ha de comulgar gaste la oracion ó parte de ella en alguna ó algunas de las consideraciones dichas. Y ayudará mucho que la noche antes de la comunión, cuando nos vamos á acostar, sea con aquel cuidado y pensamiento que tengo de comulgar mañana, y cuantas veces despertáremos, sea con el mismo pensamiento. Y á la mañana, apenas habemos de haber abierto los ojos, cuando ya estemos abrazados con el mismo pensamiento. Porque si para la oracion de cada dia pide esto nuestro santo Padre en las advertencias (1) que para ella da, ¿cuánta mayor razon será que se haga el dia que habemos de recibir tan alto Sacramento?

CAPÍTULO VII.

De lo que habemos de hacer despues de haber recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias.

Así como antes de comer suele ser provechoso algun ejercicio

(1) S. Ignat. lib. Exerc. spirit. in additionibus primæ hebdomadæ.

corporal que avive el calor natural, así lo es antes de la comunión tener algun ejercicio de meditacion y consideracion que avive el calor del alma, que es la devocion y amor, de lo cual habemos ya dicho. De la misma manera, sobre comida tener un rato de conversacion es cosa muy saludable; y lo será tambien despues de esta divina comida: y de esto tratémos ahora. Este es el mejor tiempo para negociar con Dios, y para abrazarle dentro de nuestro corazon. Y así es razon que nos sepamos aprovechar de él, y que no le dejemos pasar en balde ni una partecita de él, conforme á aquello del Sábio: *Non defrauderis à die bono. Et particula boni doni non te pretereat.* Eccli. xiv, v. 14. En lo que se ha de gastar este tiempo ha de ser en algunas consideraciones y afectos semejantes á los que dijimos que habian de preceder á la sagrada Comunión. Y particularmente nos habemos de ocupar, lo primero, en las alabanzas y hacimiento de gracias por todos los beneficios recibidos, y señaladamente por el beneficio inestimable de nuestra redencion, y por este que aquí nos hace el Señor, dándosenos á sí mismo, y entrando en nuestras entrañas. Y porque nosotros no sabemos ni podemos dar las debidas gracias por tan alto beneficio, para suplir nuestra insuficiencia habemos de ofrecer al Señor todas las gracias y alabanzas que dieron y dan todos los Serafines y

coros de los Ángeles desde el principio del mundo, y todos los santos bienaventurados mientras vivieron en el mundo, y mas principalmente las que ahora le dan en la gloria, y las que le han de dar por toda la eternidad, y juntar nuestras voces con las suyas, deseando alabarle con los corazones y lenguas de todos: *Cum quibus, et nostras voces ut admitti jubeas, deprecamur; y convidar á todas las criaturas que nos ayuden á lo mismo: Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum.* Psalm. xxxiii, v. 4. Y porque ni aun todo eso llega á lo que se debe á Dios, porque es mayor que toda alabanza, habemos de desear que él se ame y alabe á sí mismo, que solo se puede amar y alabar bastantemente.

Lo segundo, habemos de ocupar este tiempo en actos de amor de Dios. Porque aquí principalmente da lugar el ejercicio de aquellas santas inspiraciones, que no son otra cosa que unos actos amorosos y unos deseos entrañables de aquel sumo Bien, cuales eran los del Profeta, Psalm. xvii, v. 1, cuando decia: *Diligam te, Domine, fortitudo mea: Ámete yo, Señor, fortaleza mia. Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.* Psalm. xli, v. 2. Así como el ciervo herido de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi ánima, herida de amor, desea á tí, Dios.

Lo tercero, habemos de ocupar este tiempo en peticiones, porque

es muy propio tiempo para despatchar nuestros negocios y alcanzar mercedes de Dios. De la reina Ester cuenta la sagrada Escritura, c. v, v. 8; vii, v. 3, que no quiso declarar al rey Asuero su peticion, sino pídele que sea su convidado, y que allí se la declarará. Hácese así, y allí alcanzó todo lo que pidió. Así aquí en este convite, donde el Rey de los reyes es nuestro convidado, ó por mejor decir, nosotros suyos, alcanzaremos todo lo que pidiéremos: *In die enim bona venimus.* I Reg. xxv, v. 8. Porque llegamos en buen dia y en buena coyuntura, y podemos decir lo que Jacob luchando con Dios dijo: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.* Genes. xxxii, v. 26. No os dejaré, Señor, si primero no me dais vuestra bendicion. Cuando entrásteis en casa de Zaqueo, dijisteis: *Hodie salus domui huic facta est.* Luc. xix, v. 9. Hoy ha venido la salud á esta casa. Decidme ahora, Señor, otro tanto de esta casa donde habeis entrado: *Dic animæ meæ salus tua ego sum.* Psalm. xxxiv, v. 3. Sea hecha hoy la salud en mi ánima.

Aquí habemos de pedir á Dios perdon de nuestros pecados, fortaleza para vencer nuestras pasiones, y resistir á las tentaciones, gracia para alcanzar las virtudes, la humildad, la obediencia, la paciencia y la perseverancia. Y no solamente ha de pedir uno para sí, sino ha de rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia generales y particulares, por el Papa, por el Rey y

por todos los que gobiernan la república cristiana, en lo espiritual y temporal, y por otras personas particulares á quien tiene obligacion y devocion, á la manera que lo hacemos en el memento de la misa, y dirémos despues, c. 15.

CAPÍTULO VIII.

De la otra manera de acción de gracias.

Algunos dan gracias despues de la sagrada Comunion de la manera siguiente: Imaginan y consideran á Cristo nuestro Señor dentro en sus entrañas como en un estrado ó sitial, y llaman á todas sus potencias y sentidos para que le conozcan y reverencien por su Señor y Rey, á la manera que acá cuando uno hospeda en su casa alguna persona principal suele llamar á todos sus hijos y allegados para que le reverencien y reconozcan. Y con cada uno de sus sentidos y potencias hacen tres cosas. La primera, darle gracias porque les dió aquella potencia ó sentido. La segunda, acúsanse y duélense de no haberle empleado en aquello para que el Señor se le dió. La tercera, piden favor y gracia para enmendarse de ahí adelante. Y es muy buena y provechosa manera de dar gracias. Y en efecto, es el primer modo de orar de los tres que nuestro santo Padre pone en el libro de los Ejercicios espirituales.

Otros imaginándose enfermos en todos sus sentidos y potencias, como Cristo es médico que sana todas las enfermedades: *Qui sanat omnes infirmitates tuas,* Psalm. cii, v. 3, lo llevan por todas ellas, como al médico por las enfermerías, pidiéndole: *Domine veni, et vide.* Joan. xi, v. 34. Señor, mirad estos mis ojos enfermos, esta lengua, etc., y compadeceos de mí, y sanadme: *Misere-re mei Domine, quoniam infirmus sum: sana animam meam, quia peccavi tibi.* Psalm. vi, v. 3; Psalm. xl, v. 5.

Adviértase aquí que para actuarlos y ejercitarnos en estos ejercicios, y en otros semejantes en este tiempo, no es menester fingir la composicion de lugar, ni buscarla fuera de nosotros, pues tenemos presente y dentro de nuestro pecho al mismo Jesucristo, no solamente quanto á la presencia de su divinidad, la cual está en todo lugar, sino tambien quanto á la presencia de su santísima humanidad, la cual está realmente en nuestras entrañas por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, que es por todo el tiempo que durara la sustancia del pan, si allí estuviera. Pues si el mirar una imágen de Cristo nos recoge para tener oracion, ¿qué será mirar al mismo Cristo, que está aquí presente, no en dibujo como en el Crucifijo, sino en su propia persona? Y así cada uno se ha de convertir á sí mismo, considerando dentro de sí á Cristo, como lo hacia la sacra-

tísima Reina de los Ángeles cuando le traía en sus entrañas, y tratar allí con su amado, diciendo con la esposa: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* Cant. III, v. 4. Hallado he al que ama mi ánima; téngole, no le dejaré.

Para que nos animemos á detenernos, y gastar mas tiempo en el hacimiento de gracias, nos podrá ayudar una cosa que dicen aquí algunos teólogos (1), y es, que por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, y la real presencia de Cristo en nuestro pecho, mientras mas uno se actua y ejercitare en semejantes actos, recibirá mayor gracia, no solamente por el mayor mérito de los actos que llaman *ex opere operantis*, sino *ex opere operato*, por la virtud del Sacramento: de la manera que decíamos tratando de la disposicion.

De lo dicho se verá cuán mal hacen los que dejan perder este tiempo en que tanto podian ganar: y en acabando de recibir tal huésped en su casa, luego le vuelven las espaldas, y apenas ha entrado él por una puerta, cuando estos se salen por otra, dejándole, como dicen, con la palabra en la boca. Si acá tendríamos por muy mala crianza recibir en casa un huésped de respeto, y despues de recibido no le hablar ni ofrecer servicio ninguno;

(1) Cayetan., Cab. Major., Paludanus, et alii, quos refert P. Fr. Suarez, tom. 3, in 3 part. disp. 63, sect. 7, dicens esse valde probabile.

¿qué será á un tal huésped como este? De la gloriosa virgen Margarita, hija del rey de Hungría, cuenta Surio, que cuando habia de comulgar, el dia antes no comia mas de pan y agua, en reverencia de aquella comida y manjar celestial que esperaba, y luego toda la noche entera pasaba en oracion; despues de comulgar, gastaba todo aquel dia en oracion y rezar hasta la noche, que tomaba alguna poca de comida.

CAPÍTULO IX.

Del fruto que tenemos de sacar de la sagrada Comunión.

Las virtudes y afectos admirables que los Santos declaran de este divino Sacramento no solamente son para descubrirnos su excelencia, y el amor y caridad inmensa que nos tuvo el Señor, sino tambien para que pongamos los ojos y el corazon en ellos, para sacar ese fruto de la sagrada Comunión. Y así irémos diciendo algunos de ellos para este fin. Este divino Sacramento, así como todos los otros, tiene un efecto comun con todos los demás Sacramentos, que es dar gracia al que dignamente le recibe; y tiene otro efecto propio con que se diferencia de los demás Sacramentos, al cual llaman los teólogos refeccion espiritual, que es ser mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace, restaura y toma fuerzas para resistir á sus apetitos, y abrazarse con la virtud.

Y así sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Señor: «Mi carne es verdadero manjar, y mi sangre verdadera bebida,» *Joan. c. VI, v. 56*, dicen comunmente los Santos, y dícelo tambien el concilio Florentino, que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las almas. Y por eso dice que quiso Cristo nuestro Señor instituir este santísimo Sacramento en especie de mantenimiento, para que en la misma especie en que le institua nos declarase los efectos que obraba, y la necesidad que nuestras almas tenian de él. Pues conforme á esto, así como el mantenimiento corporal sustenta la vida del cuerpo, y renueva las fuerzas, y en cierta edad hace crecer; así tambien este santísimo Sacramento sustenta la vida espiritual, rehace las fuerzas del alma, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer hasta su debida perfeccion. Este es el pan que conforta y esfuerza el corazon del hombre, y con el cual esforzados como Elías, *III Reg. XIX, v. 8*, tenemos de caminar hasta llegar al monte santo de Horeb.

Mas, tiene otra propiedad el manjar corporal, que es dar gusto y sabor al que come; y tanto mayor, cuanto es mayor y mas precioso el manjar, y el paladar está mas bien dispuesto; así tambien este divino manjar, no solamente

nos sustenta, conserva y esfuerza, sino tambien causa un gusto y suavidad espiritual, conforme á aquello que dijo el patriarca Jacob en aquellas bendiciones proféticas que á la hora de su muerte echó á sus hijos, anunciando lo que habia de ser en la ley evangélica; cuando llegó á su hijo Aser, dice: *Aser pinguis panis ejus, et præbebit delicias regibus.* Genes. XLIX, v. 20. Cristo es pan perfectísimo, suavísimo y gustosísimo. Dice santo Tomás, opusc. 57, que es tan grande el gusto y deleite que causa este pan celestial en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aquí la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad, y vida de todas las cosas, el cual por medio de este Sacramento entra en el ánima del que comulga. Y muchas veces es tanta la suavidad, que no solo recrea el espíritu, sino redunda tambien en la misma carne, conforme á aquello del Profeta, *Psalm. LXXXIII, v. 3: Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo.

De ahí nace lo que dice san Buenaventura, lib. de perfect. ad sororem suam, que muchas veces acontece llegar una persona muy debilitada y flaca á la sagrada Comunión, y ser tan grande la alegría y consolacion que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta

de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano obispo, autor antiguo, escribe de aquellos monjes antiguos, que era tanto el consuelo y fortaleza que tenían con la sagrada Comunión, que algunos con solo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siéndoles este todo su consuelo y sustento, así para el alma como para el cuerpo, y el día que no comulgaban sentían en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecía que desfallecían y que no podían vivir. Y dice que á algunos les llevaba un Ángel la Comunión á su celda. En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monje que siempre que comulgaba le parecía recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres días.

Pues, conforme á esto, el fruto que nosotros habemos de sacar de la sagrada Comunión ha de ser un ánimo varonil para caminar é ir adelante en el camino de Dios, una fortaleza muy grande para mortificar nuestras pasiones, y resistir y vencer las tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* Psalmo xxii, v. 5. Para eso nos preparó el Señor esta mesa. En las demás mesas quien tiene enemigos teme y no osa estar; pero en esta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer á todos sus enemigos. Y así dice san Crisóstomo, hom. 61 ad populum, et 45 in Joan., que nos habemos de levantar de esta sagrada

mesa como unos leones, echando fuego por la boca, con que espantemos y nos hagamos terribles á los demonios: *Tanquam leones ignem spirantes, ab hac mensa recedamus facti diabolo terribiles.* Y este efecto nos significa Cristo nuestro Redentor, cuando acabando de comulgar á sus discípulos les dijo: *Surgite, eamus hinc,* Joan. xiv, v. 31, como quien dice: Ya habeis comulgado, levantaos, y vamos á padecer. Y así vemos, que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no solo tenían los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir á la fuerza y rabia de los tiranos, y dar la sangre y la vida por Cristo.

CAPÍTULO X.

Que el frecuentar la sagrada Comunión es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.

Contra todas las tentaciones dicen los Santos que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento; porque fuera de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos é inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raíz de todos los males, y hácenos prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás, 3 p., q. 69, art. 7,

dice que una de las razones por que este santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caídas es porque como es memorial de la pasión de Cristo, por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el cuerpo y sangre de Cristo, ellos echan á huir, y los santos Ángeles nos acompañan y ayudan. San Ignacio y san Cirilo (1) aconsejan por esta razón la frecuencia de este santísimo Sacramento para que huyan los demonios de nosotros. Y san Crisóstomo, hom. 61 ad populum Antioch., dice: si la sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas libraba á sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el Ángel destructor, *Exod.* xii, v. 22, ¿cuánto mas lo hará este divino Sacramento?

Pero particularmente dicen los Santos que es este eficazísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad; porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *fomes peccati*, y, como dice san Cirilo, apaga el ardor y apetito de la sensualidad, como al fuego el agua. De esta manera declaran san Jerónimo y santo Tomás (2), y otros Santos, aquello del profeta Zacarías, ix, v. 17: *Quid*

(1) S. Ignat. epist. ad Ephes.; Ciril. lib. in Joannem, cap. 37.

(2) S. Hieronym.; S. Thom. opusc. 58, cap. 26.

enim bonum ejus, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? Dicen que es virtud y efecto particular de este manjar celestial engendrar vírgenes. Así como el mantenimiento corporal cuando es bueno cria buena sangre y buenos humores; así este divino manjar cria en nosotros castidad y pureza de afectos. De donde vino á decir san Cirilo que este divino Sacramento no solo santifica el ánimo, sino tambien el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la misa: *Fiat nobis ad salutem mentis, et corporis.* IV Reg. c. iv, v. 41. Es la harina de Eliseo, que quita la ponzoña de la olla, y le da sazón. Y como tocando aquella mujer del Evangelio, *Luc.* viii, v. 44; Josue, iii, v. 16, el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre, y entrando el arca del Testamento en el Jordán, las aguas se detuvieron hácia arriba, y dejaron de correr; así entrando Cristo en nuestro cuerpo se detienen las tentaciones, y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. *O felix fructus ubertatis, ex quo virginitas germinatur!* Viguer. instit. theol. c. 16, § 1. Con razón exclaman los Santos; ¡Oh dichoso fruto el de este divino Sacramento, pues engendra castidad y hace vírgenes! Un Doctor grave dice que no hay medio tan eficaz para ser uno casto como frecuentar devotamente la sagrada Comunión.